
Entre
pinceles
y
guitarras
LUISA J.C

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Esta novela contiene personajes, lugares y circunstancias reales y ficticias.

© 2026 Luisa J.C.

Todos los derechos reservados

Obra registrada.

ISBN:

Imagen de portada: ChatGPT

Maquetación: Javi Montejo Edreira

A mis tres ángeles,

Mi hijo Iñaky, a papá y mamá.

A Javi por su ayuda y apoyo.

Este relato se lo quiero dedicar a Miguel y a Nunci, espero que te guste. Besos

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo 1

Epílogo 2

1

El pueblo de Santa Clara parecía vivir en un suspiro detenido. A las seis de la mañana, el sol apenas asomaba entre las montañas, provocando que las casas de adobe despertaran lentas, como si estiraran los brazos tras un largo sueño. Las gallinas cacareaban al amanecer, los perros corrían por los senderos aún húmedos, y el aroma a pan recién horneado se abría paso desde la panadería de la plaza.

De la misma manera en que la luz se filtraba por las nubes, Nunci emergía cada mañana, con los pies descalzos sintiendo la tierra tibia. Su abuela decía que era parte del río, parte de la colina, parte del viento. Tal vez por eso nadie recordaba exactamente cuándo había llegado al pueblo. Simple, un día estaban allí: la abuela y la niña, viviendo en una casita pequeña con un huerto lleno de girasoles torcidos.

Nunci tenía dieciocho años y un corazón que parecía demasiado grande para guardarlo en el pecho. Le encantaba dibujar. No de manera solemne ni académica, sino con la urgencia de capturar cosas que temía olvidar: el vuelo torpe de una mariposa, el reflejo del agua que durante un segundo era azul y al siguiente verde, las arrugas de la abuela que parecían mapas del tiempo.

Cada mañana, después de ayudar a amasar el pan dulce que la abuela preparaba para vender, ella pedaleaba su bicicleta vieja hacia la plaza del pueblo. No importaba cuánto chirriara la cadena, cuánto temblaran las ruedas: para ella era su libertad.

Esa bici tenía una historia, como todo en Santa Clara. Había sido de su madre, quién la usó para repartir verduras antes de marcharse del pueblo, persiguiendo un destino que nadie supo

explicar. Cuando ella no regresó, se quedó abandonada en el cobertizo hasta que Nunci la reclamó.

La pintó con flores amarillas. No era elegante, pero era bonita. Y era suya.

Al otro lado de la plaza, en un pequeño local donde el polvo parecía vivir sin invitación, estaba el taller de bicicletas de Don Teófilo. El rótulo, viejo y desconchado, prometía "Reparaciones rápidas – Precios feos pero justos". Allí trabajaba Miguel.

Miguel tenía veintiún años y unas manos hechas para arreglar cosas rotas. Eso pensaba la gente. Nadie sabía que esas mismas manos también sabían acariciar cuerdas de guitarra y componer melodías que nunca salían del cuarto donde dormía.

Había llegado a vivir con su tío después de que su propio padre muriera en un accidente minero.

La vida había sido dura con él, pero Miguel se había vuelto más silencioso, no más amargo. Tenía unos ojos oscuros que parecían guardar secretos. Algunos lo llamaban tímido, otros simplemente reservado. Nadie entendía que Miguel vivía en dos mundos: el real donde arreglaba bicicletas; y el íntimo, donde soñaba con fabricar las suyas propias, fuertes y livianas, capaces de recorrer distancias enormes sin romperse.

Nunci pasaba frente al taller cada día. A veces se detenía, otras, solo saludaba levantando la mano. Pero Miguel siempre levantaba la mirada cuando la veía cruzar.

No sabía cuándo había comenzado a sentir ese tirón en el pecho. Tal vez cuando ella tenía quince y llegó al taller por primera vez con un neumático pinchado, o tal vez antes, cuando ella aún le

parecía solo la niña curiosa que dibujaba cosas extrañas en la tierra con palitos.

El caso es que ahora no podía evitar mirarla. Le gustaba su risa espontánea, su manera de inclinar la cabeza cuando escuchaba, incluso la forma en que regañaba a la bici cuando se portaba mal.

—Un día ese cacharro se va a morir —dijo Don Teófilo, al verla detenerse una mañana.

Miguel sonrió.

—Entonces lo reviviremos —respondió, aunque en realidad sentía un temor absurdo a que la bici dejara de fallar, porque cada fallo era un motivo para hablarle a ella.

La lluvia llegó temprano aquella tarde. Era una de esas lluvias que parecían hechas de aguja fina, empapando la ropa sin que uno se diera cuenta. Nunci intentó pedalear más rápido, pero al doblar la esquina la cadena se soltó con un chasquido doloroso.

—¡Ay no! —exclamó, bajándose de la bicicleta con frustración.

Miró hacia el cielo como si la nube pudiera disculparse.

Miguel estaba barriendo la entrada del taller cuando la vio detenerse bajo el pequeño alero.

Por un segundo eterno dudó. Después, dejó la escoba y caminó hacia ella.

—Puedo arreglarlo —dijo, no sin esfuerzo.

Nunci lo miró, sorprendida y agradecida a la vez, como si hubiera estado esperando esa frase sin saberlo.

—Gracias —murmuró, empujándole la bici.

Miguel tomó la cadena en silencio, manos negras de grasa, el corazón late que late.

Nunci se quedó parada bajo el alero, observándolo con curiosidad, como si él mismo fuera un dibujo que todavía no sabía cómo terminar.

—No te muerdas el labio así —dijo Miguel de pronto, sin pensar.

Ella se sonrojó y le dijo:

—¿Por qué?

—Porque me distrae.

Se miraron un segundo demasiado largo.

Y Santa Clara, con sus tejados mojados, sus faroles aún apagados y sus caminos encharcados, pareció guardar la respiración.

A partir de ese momento, el mundo no sería igual para ninguno de los dos

2

Después de la tarde de la cadena rota, algo invisible, pero innegable, comenzó a crecer entre ellos.

No era todavía un amor declarado, no había promesas ni abrazos, ni palabras grandes.

Solo una colección de momentos: miradas que duraban demasiado, sonrisas que no sabían esconderse, y silencios llenos de cosas que ninguno se atrevía a decir.

Pero en Santa Clara, lo invisible se vuelve escándalo con rapidez.

Nunci empezó a pasar más tiempo en el taller. Al principio, solo para recoger la bicicleta. Luego para preguntar, supuestamente, cómo cuidar la cadena. Después para llevar galletas que su abuela "había horneado de más".

Don Teófilo, el tío de Miguel, lo notó enseguida.

—¿Y esa muchacha? Preguntó una tarde, sin levantar la vista del banco de trabajo.

—Trae encargos —respondió Miguel con una calma demasiado ensayada.

—Ajá.

El tío no necesitaba más palabras. Había sido joven una vez, y conocía los signos.

La abuela de Nunci también se dio cuenta, aunque nunca lo mencionó directamente. Solo sonreía con una ternura cargada de advertencia.

—El corazón es como la masa —dijo un día, mientras amasaban pan—, si lo trabajas bien crece. Si lo dejas solo, se endurece. Si le metes prisa… se rompe.

Ella dejó de amasar un segundo.

—Abuela, no es nada.

La mujer siguió trabajando, sin mirarla.

—Eso dicen todos antes de que lo sea.

El drama no vino del amor. Vino del miedo.

Un jueves nublado, Miguel recibió una carta de la ciudad. Era del taller mecánico más grande de la capital regional. Un trabajo. Uno de verdad. Con salario fijo, herramientas modernas, oportunidades.

Don Teófilo casi se atragantó con su propia sonrisa.

—¡Es tu salida! —exclamó, golpeándolo el hombro—. ¡Al fin dejarás este agujero!

Miguel sintió un choque dulce y amargo a la vez.

La ciudad. La independencia. Pero también… Nunci.

Ese pensamiento lo asaltó como un ladrón.

No había nada entre ellos oficialmente. No había promesa, pero irse significaba renunciar a algo que llevaba años soñando.

La carta temblaba entre sus dedos.

—No sé si debería ir —murmuró.

—No seas idiota —escupió su tío—. Esa muchacha te está distrayendo. Si te quedas, vas a desperdiciar tu vida.

Las palabras cayeron como martillazos en su pecho.

Nunci supo del trabajo antes de que Miguel encontrara el valor para contárselo.

En Santa Clara, la información corre más rápido que las bicicletas nuevas.

Lo escuchó en la plaza, entre un grupo de vecinas parlanchinas.

—Dicen que Miguel se va —comentó una—. Ya era hora.

—¡No vaya a ser que la muchachita esa lo atrape y lo deje aquí para siempre! —añadió otra con una risita venenosa.

Ella sintió cómo un calor extraño le subía a la cara. No sabía si era furia, tristeza, vergüenza… o todo junto.

No tenía derecho a sentir celos, ni a reclamar nada, pero lo sentía igual.

Esa tarde fue personalmente al taller.

Miguel fingió sorpresa al verla, pero ambos sabían que era teatro.

—Dicen que te vas —dijo ella, sin rodeos.

Él tragó saliva.

—Me ofrecieron un trabajo.

—¿Y vas aceptarlo?

—No lo sé.

Silencio. Un silencio grueso, que dolía.

Nunci clavó los ojos en el suelo.

—No tienes que quedarte por mí —murmuró.

Miguel dio un paso.

—No quiero irme si tú…

Pero no terminó la frase, porque temía que lo que siguiera lo encadenara para siempre.

Ella levantó la mirada, y en sus ojos había orgullo, temor y algo mucho más profundo.

—Yo no soy una razón suficiente —dijo lentamente—. No todavía.

Aquello lo golpeó con más fuerza que cualquier insulto.

Porque era verdad.

El aire pareció volverse piedra a su alrededor.

—Si decides ir —continuó ella— quiero que sea porque tú lo elegiste. No porque nadie te empujó… y no porque yo te detuve.

Miguel quiso tomarle la mano, decirle quédate conmigo, todo será contigo, no me imagino lejos.

Pero las palabras se negaron a salir.

Y así, con los labios cerrados y el corazón abierto en canal, dejaron que la tarde cayera sobre ellos.

Esa noche, Miguel no durmió.

Nunci tampoco.

Él pensaba en posibilidades y renuncias.

Ella, en despedidas y esperas.

El río siguió su camino sin compasión y el pueblo entero pareció contener la respiración, esperando a ver qué elegiría Miguel al amanecer.

3

Miguel no cerró los ojos en toda la noche. Escuchó cada golpe de viento contra la ventana, el tic – tac cansado del viejo reloj de pared y el sonido inquieto del pueblo dormido.

Sentía que el mundo estaba detenido en un punto exacto, esperando que él tomara una decisión.

Con la primera luz del amanecer, cuando las nubes aún se aferraban a las montañas como mantas mal dobladas, Miguel supo lo que debía hacer… aunque su corazón implorara lo contrario.

En la casa de Nunci, el día comenzó igual que otros: la abuela encendió el horno, la masa reposó tranquila y el aroma dulce llenó la cocina.

Pero ella sabía que ese no sería un día como los demás.

Sentía un nudo en la garganta desde que despertó. No había llovido, pero parecía que sí dentro de ella.

Miraba por la ventana cada pocos minutos, como si esperara ver aparecer a Miguel para decirle que todo había sido un rumor, una broma, un malentendido absurdo.

No apareció.

Miguel llegó temprano al taller.

Guardó sus herramientas con más cuidado del necesario, como si esa lentitud pudiera retrasar lo inevitable.

Su tío no dijo nada al verlo guardar sus cosas, solo asintió con una satisfacción fría y amarga.

—No mires atrás —fue lo único que dijo.

Él apretó la mandíbula, porque sabía que si miraba atrás, no tendría fuerza para irse.

Santa Clara no tenía estación de autobuses, solo un punto marcado en el camino de tierra donde, dos veces por semana, pasaba un transporte hacia la ciudad.

Miguel se paró allí con una mochila gastada, la guitarra colgada del hombro y las manos metidas en los bolsillos para que no se notaran los temblores.

Cada minuto que pasaba sin ver a Nunci se volvía más pesado que el anterior.

A la misma hora, ella ya no podía aguantar la espera.

—Voy a echar aire —le dijo a su abuela, tratando de sonar normal.

Pero la abuela le sostuvo la mirada con una sabiduría triste.

—Corre —susurró—. Algunas puertas se cierran muy rápido.

Y Nunci corrió.

No caminó, no trotó: corrió con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Pasó por la plaza, esquivó a un perro que dormía en el centro del camino, sintió la tierra seca levantarse bajo sus pies.

Pero cuando llegó al cruce donde el autobús debía detenerse… el vehículo ya estaba allí.

Las ruedas comenzaron a moverse justo mientras ella doblaba la esquina.

—¡Miguel! —gritó, con un hilo de voz desgarrada.

Él, dentro del autobús, miraba el suelo, concentrado en no llorar, en respirar, en mantenerse entero.

No escuchó su nombre.

Nunci corrió detrás del autobús, descalza ya, porque su sandalia se había quedado atrás en algún punto del camino.

Corrió hasta que el polvo la cegó, hasta que sus pulmones ardieron, hasta que sus piernas no respondieron.

El autobús siguió su camino, levantando una nube marrón que parecía burlarse de ella.

Cuando finalmente se detuvo, Nunci cayó de rodillas.

No lloró de inmediato, solo respiró con dificultad. Luego como una presa vencida, salió todo en un sollozo que parecía contener años en lugar de minutos.

Miguel solo alzó la vista cuando ya estaban lejos del pueblo.

A través de la ventana, vio cómo Santa Clara se hacía pequeña, como un recuerdo que alguien arruga dentro de un bolsillo.

Sintió un tirón desesperado en el pecho. Un dolor inesperado, punzante y una especie de intuición que no sabía explicar.

Entonces vio algo: allí, a lo lejos, diminuta en la carretera, una figura arrodillada en el polvo.

Miguel apretó la ventanilla con las manos, como si pudiera atravesar el vidrio con pura voluntad.

—Nunci… —susurró.

Pero ya era tarde, el autobús no se detuvo.

Esa noche, Santa Clara se sintió más vacía.

El taller quedó en silencio, con herramientas que parecían preguntar dónde estaban las manos que solían tocarlas.

La colina donde Miguel tocaba su guitarra guardó un eco mudo.

Y en la casa de adobe junto al río, Nunci no quiso cenar.

Su abuela se sentó a su lado, sin hablar, simplemente sosteniéndola mientras las lágrimas caían hasta quedarse dormida.

Al mismo tiempo, en una habitación fría de una ciudad desconocida, Miguel sacó su guitarra.

Colocó los dedos en las cuerdas, pero ninguna melodía quiso salir.

Porque todo lo que sabía cantar se había quedado atrás.

En Santa Clara.

Con ella.

4

Los días siguientes cayeron sobre Santa Clara como un invierno sin nieve: silencioso, gris y pesado.

Nunci no lloró más después de aquella tarde. Las lágrimas habían salido como un río desbordado, y ahora la dejaban vacía, como si ya no tuviera agua dentro.

En el pueblo, todos sabían que Miguel se había ido. Pero nadie hablaba del tema cuando ella pasaba cerca.

Las vecinas cambiaban de conversación de inmediato, los niños bajaban la voz, y hasta los perros parecían entender que había un duelo invisible en el aire.

Ella siguió ayudando en la panadería. Amasaba la masa como siempre, pero su abuela notaba la diferencia.

Antes, Nunci cantaba bajito mientras trabajaba. Ahora, la cocina solo tenía sonidos de manos golpeando la masa y del horno crepitando.

La bicicleta quedó arrinconada, inclinada en un rinconcito del patio, como si también hubiera perdido la fuerza para andar.

Cada tarde ella subía a la colina donde Miguel tocaba su guitarra, como si el viento pudiera traerle noticias.

A veces llevaba su cuaderno de dibujo, pero no dibujaba nada.

Solo observaba.

El paisaje era el mismo, pero sin él parecía más silencioso, más grande, más ajeno.

La ciudad lo recibió con ruido, humo y prisa.

Miguel trabajaba desde antes del amanecer, hasta la noche.

El taller era moderno, sí, con herramientas que siempre había deseado, pero el brillo del metal no llenaba lo que le faltaba por dentro.

Por las noches, en su habitación alquilada, sacaba su guitarra con la esperanza de que los dedos recordaran alegría.

Pero las canciones no salían completas. Las melodías se rompían a la mitad y las cuerdas parecían dolerle.

Y cuando finalmente lograba tocar algo, el sonido se sentía vacío.

La ciudad le había dado oportunidades, pero también le había arrebatado su música.

Nunci empezó a escribirle cartas.

Primero cortas:

“Miguel espero que estés bien”.

Luego más largas:

“Hoy vi a una niña aprender a pedalear sola. Pensé en ti…”.

Pero nunca enviaba ninguna. Las guardaba en una caja de madera, junto a flores secas y pequeños recuerdos.

Tenía miedo de que él no respondiera, también de que lo hiciera y descubrir qué sentía realmente.

Miguel también escribía.

“Nunci, no sé si hice lo correcto”.

“Tengo trabajo, pero siento que algo me falta”.

Pero al terminar cada carta, la arrugaba y la lanzaba a la papelera.

Porque, ¿qué derecho tenía a pedirle que lo esperara?

Él había elegido irse.

Pasó un mes, luego otro y el pueblo empezó a murmurar de nuevo.

—La muchacha se quedó colgada del recuerdo —decían unos.

—Miguel seguro que ya se olvidó —soltaban otros.

Un día incluso, alguien afirmó haber visto a Miguel con otra chica en la ciudad.

Era mentira, inventada para llenar silencios aburridos, pero para ella fue como un golpe en el estómago.

Esa noche no durmió.

Despertó con el amanecer y caminó hasta el río para mojarse la cara antes de que las lágrimas salieran.

Ninguno de los dos sabía que el otro sentía exactamente lo mismo: un vacío que parecía más grande que la distancia entre ellos.

Miguel, sentado en el borde de su cama, sintió una punzada insoportable.

—No puedo seguir así —susurró por primera vez.

Nunci, al pie del río, sintió algo ceder.

—Ya basta —murmuró, sin saber qué significaba ese basta.

Todo amor herido llega a un punto de quiebre: el momento en que o se deja morir o se decide luchar.

Los dos estaban a punto de alcanzarlo.

Solo faltaba… una chispa.

5

El cielo amenazaba tormenta cuando algo finalmente ocurrió.

Miguel estaba justo en el taller de la ciudad, limpiando grasa de una cadena rota, cuando el encargado de mensajería entró con un papel arrugado entre los dedos.

—Para Miguel… ¿Macías?, ¿Macal…? —balbuceó.

—Macías está bien —respondió Miguel sin ganas.

No esperaba nada ni a nadie.

Pero cuando abrió la carta, el corazón se le heló en el pecho.

"Nunci está enferma. Vuelve si puedes. Rosalía, la vecina".

No había detalles, ni explicaciones. Unas pocas palabras que parecían arrastrar todo el peso del mundo detrás.

Miguel sintió el aire escaparse de sus pulmones, como si alguien hubiera apretado su pecho con una mano invisible.

No supo qué le dolió más: el miedo a perder a quién quería, o la certeza brutal de que se había alejado cuando más lo necesitaban.

Dejó las herramientas donde estaban, sin despedidas ni permisos.

—Miguel, ¿dónde vas? —gritó el maestro mecánico al verlo salir.

—A casa —respondió sin volverse.

La palabra casa jamás había dolido tanto.

El viaje a Santa Clara fue largo, aunque los kilómetros fueran pocos.

La carretera parecía estirarse para castigarlo.

El autobús avanzaba lento, como si supiera que el miedo sentado en el asiento trasero necesitaba tiempo para crecer.

Miguel no miró por la ventana. No leyó, ni respiró con normalidad. Solo repetía una plegaria muda:

—Que esté bien, que esté bien, que esté bien…

Pero cada vez que lo decía, otra voz le respondía:

—Llegas tarde.

La tormenta estalló justo cuando el autobús detuvo su marcha en el cruce de tierra.

Miguel bajó de un salto, sintiendo la lluvia golpearle el rostro con fuerza.

El barro se tragaba sus pasos mientras corría por el camino hacia el pueblo.

La lluvia caía cargada de electricidad, como si el cielo mismo se hubiera partido en dos, pero él no se detuvo.

Pasó frente al taller abandonado. Vio la puerta cerrada, el polvo acumulado, las herramientas solas. Y sintió como si estuviera viendo la consecuencia visible de su decisión.

—Lo arruiné —susurró, empapado.

Pero siguió corriendo.

Al llegar a la casa de Nunci, golpeó con los nudillos mojados, casi a gritos.

La abuela abrió, más pálida de lo habitual, con ojeras hondas y cansadas.

—Miguel… —murmuró, sorprendida, pero sin energía para más.

—¿Dónde está? ¿Qué tiene? —preguntó él atropelladamente.

La abuela tragó saliva.

—La fiebre se la llevó anoche. No me reconoce a veces y delira.

Miguel sintió que las piernas le fallaban.

No dijo nada más.

Entró.

Ella estaba en su pequeña cama, envuelta en mantas, con la piel brillante de sudor frío.

Su respiración era irregular, luchando por mantenerse.

Sus ojos estaban cerrados, las mejillas hundidas y su cuerpo parecía demasiado pequeño bajo tanta tela.

Miguel se acercó lentamente, temblando.

—Nunci… —susurró, como si temiera romperla con el sonido.

Ella no respondió.

No abrió los ojos, no dijo su nombre.

Miguel se arrodilló junto a su cama y tomó su mano, caliente y débil.

—Perdóname —dijo, y entonces su voz se quebró—. Yo… no debí irme así. Debí quedarme… debí quedarme contigo.

La abuela, desde la puerta, escuchó la confesión rota, pero se retiró sin hacer ruido.

Al fin y al cabo, había esperado ese momento tanto como ellos.

Miguel se quedó allí toda la noche.

Le humedecía los labios con una cucharita. Cambiaba los paños fríos en su frente. Cantaba, muy bajito, canciones que creía olvidadas.

Y entre cada palabra, dejaba caer otras más pesadas:

—No tienes que perdonarme, solo despierta, solo vuelve…

El amanecer llegó sin que él lo notara.

Ella abrió los ojos apenas, como si saliera lentamente del fondo de un pozo muy oscuro.

Miró a Miguel sin reconocerlo.

—Mamá… —susurró.

Miguel sintió que se rompía, pero no soltó su mano.

En ese instante, con un rayo iluminando las nubes detrás de la ventana y el gallo cantando en algún lugar lejano.

Miguel supo que había regresado demasiado tarde para evitar el dolor, pero aún podía llegar a tiempo para otra cosa: luchar para que no se perdiera.

Apretó sus manos alrededor de la de ella y, con voz temblorosa, pero firme, prometió:

—Nunci, no te dejo más sola. Aunque no me recuerdes ahora, me quedaré hasta que lo hagas.

Y el viento, cargado de tormenta, pareció asentir fuera de la ventana.

6

Los días se volvieron una mezcla borrosa de amaneceres y noches sin sueño.

La fiebre no parecía querer ceder.

A veces bajaba lo suficiente para que Nunci abriera los ojos y murmurara algo sin sentido.

Otras, subía de golpe y la hacía delirar, como quien lucha contra enemigos invisibles.

Miguel no se separó de ella.

La abuela le decía cada tarde:

—Ve a dormir unas horas, hijo.

Pero él sacudía la cabeza.

—No la dejo sola. No otra vez.

A veces, Nunci lo veía como un desconocido.

—¿Quién eres? —preguntaba con voz lejana—. ¿Dónde está Miguel?

Y él tragaba dolor como si fuera hierro fundido.

—Soy yo —respondía sin demostrar la grieta que abría en su pecho—. Estoy aquí.

Otras veces lo confundía con su padre, con un maestro, con un viajero imaginario.

Pero lo más duro eran las noches en que despertaba gritando su nombre, sin reconocerlo cuando él la abrazaba.

Era como ver una vela consumir su propia cera.

Santa Clara, que antes tenía demasiadas palabras, ahora parecía tener miedo de pronunciarlas.

Las vecinas dejaban sopas en la puerta sin llamar.

Los niños que antes corrían cerca de la casa ahora pasaban de puntillas.

Hasta Don Teófilo se asomó al umbral un día, sin atreverse a entrar.

—¿Cómo está? —preguntó, con la voz quebrada.

—Viva —respondió Miguel—. Por ahora basta.

El tío apretó los labios. No había sermón posible en esos momentos.

Por las noches, cuando la respiración de Nunci se volvía más débil, Miguel cantaba.

No canciones completas, solo fragmentos.

La voz le temblaba, las notas fallaban, pero no dejaba de intentarlo, como si cada sonido fuera una cuerda que la mantuviera atada a este mundo.

A veces parecía funcionar: la mano de ella apenas se movía, como si siguiera la música.

Otras veces, no había respuesta, pero Miguel continuaba porque no sabía qué más hacer.

El tercer día de fiebre alta, la abuela entregó algo a Miguel.

Una caja de madera.

—Esto es de ella —dijo suavemente—. Creo que debes verlo.

Miguel la abrió con manos temblorosas.

Dentro había dibujos, paisajes del pueblo, retratos de desconocidos, garabatos de bicicletas y cartas.

Docenas de cartas, todas dirigidas a él y ninguna enviada.

Él sintió un golpe en el pecho imposible de describir.

Leyó solo una, con la letra de ella temblorosa, pero firme:

"Miguel, te extraño. No quiero que vuelvas por mí, pero ojalá no te olvides de dónde está tu música".

Cerró los ojos con fuerza.

Ella nunca lo soltó.

Él sí.

Pasó una semana.

La fiebre subía, bajaba, volvía.

El médico del pueblo —que apenas tenía más que hierbas, jarabes amargos y fe— dijo lo que Miguel temía oír.

—No es solo el cuerpo. Está luchando por dentro. Seguro que ha pasado por un dolor fuerte.

La abuela bajó la mirada.

Miguel sintió que la culpa lo empapaba como un segundo sudor.

Hubo una noche —la peor de todas— en la que el aire en la habitación parecía más caliente que el fuego del horno.

Ella respiraba rápido, sin fuerza. Su piel brillaba, empapada. Sus labios estaban secos, agrietados.

Miguel tomó su mano y se la acercó al pecho.

—Nunci —susurró, casi sin voz—. No te vayas. No puedes, no ahora. Si quieres odiarme, hazlo despierta, pero no me castigues así.

Algo en ella pareció escucharlo.

La respiración siguió agitada, pero no se rompió. La fiebre apenas bajó.

Lo suficiente para que, cerca del amanecer, ella abriera los ojos un segundo.

El nombre salió casi inaudible:

—Miguel…

Él lloró por primera vez desde que regresó.

Pero no la despertó más.

Solo la abrazó con cuidado, como si sostuviera algo hecho de aire.

La enfermedad no cedió por completo, pero ya no la devoraba con la misma fiereza.

Nunci entró en un sueño profundo. No despertó ese día, ni el siguiente.

Pero respiraba.

Existía.

Y Miguel decidió que no se movería del borde de su cama hasta que lo hiciera.

Había llegado tarde, pero no pensaba irse nunca más.

Porque ahora entendía lo que Nunci siempre había sabido:

Algunos amores no corren, se esperan.

Aun cuando duelan.

7

Nadie en Santa Clara recordaba una fiebre que durara tanto. Pero después de tantos días de incertidumbre, un cambio pequeño —mínimo, casi invisible— comenzó a sentirse en el aire.

Era apenas un susurro, una posibilidad, una grieta de luz.

Una mañana, cuando el sol apenas tocó el borde de la ventana, Nunci despertó.

No con sobresalto ni conversación, sino con un parpadeo lento, como quien regresa de muy lejos.

Miguel estaba sentado a su lado, la cabeza recargada en el colchón, dormido por agotamiento.

Ella lo observó un segundo. No lo reconoció por completo, pero tampoco lo confundió con nadie más.

Sabía que ese rostro importaba.

Lo dijo con voz ronca:

—Estás aquí…

Miguel abrió los ojos como si lo hubieran sacudido desde dentro.

—Nunci… —susurró—. Sí, estoy aquí.

Ella asintió débilmente, y volvió a dormirse.

Para Miguel, ese gesto fue la primera victoria en una guerra larga.

Los días siguientes fueron lentos.

Nunci apenas comía una o dos cucharadas. Dormía más horas de las que pasaba despierta y cuando abría los ojos, parecía luchar por recordar dónde estaba.

Pero cada día sostenía un poco más el vaso.

Cada día decía una palabra más.

Su voz al principio era una brisa, luego un susurro y después, una frase completa:

—Tengo frío.

—¿Qué hora es?

—Gracias.

Miguel celebraba cada sílaba como si fuera una canción terminada.

Volvió a tocar la guitarra, no siempre para que ella lo oyera.

Muchas veces solo en el patio, cuando necesitaba respirar.

Las notas seguían rotas, pero ya no estaban vacías.

Un día, él la encontró despierta, escuchándolo desde la cama, los ojos entrecerrados, pero atentos.

—Te perdí la pista —murmuró ella, con labios resecos.

—Yo también —respondió Miguel—. Pero te encontré de nuevo.

Nunci no lloró, no sonrió, solo cerró los ojos, y esa fue la señal de que las palabras habían llegado a donde debían.

Pasaron semanas hasta que pudo ponerse de pie.

La primera vez que intentó hacerlo, las piernas no la sostuvieron. Miguel la atrapó antes de que cayera.

—No pasa nada —le dijo—. Lo intentaremos mañana.

Y así fue.

Al tercer intento, dio un paso.

Al quinto, cruzó la habitación con ayuda.

La abuela lloró en silencio cuando la vio llegar hasta la puerta.

No por tristeza, sino por alivio.

Pero recuperarse no era solo fortalecer el cuerpo.

Una tarde, mientras tomaba sopa con esfuerzo, Nunci sostuvo la mirada de Miguel y dijo, muy bajito:

—Me dolió que te fueras.

Miguel se quedó quieto. Como si esas palabras hubieran sido un golpe.

—Yo… pensé que era lo mejor —respondió—. Que no debía hacerte esperar por alguien que no sabía quién era.

Nunci miró la cuchara.

—Yo sí sabía quién eras.

Miguel cerró los ojos un momento. Recordó la caja de cartas y el camino lleno de polvo el día del autobús. También recordó su propia espalda al alejarse sin despedirse.

—Lo sé —dijo finalmente—. Y me equivoqué.

No hubo abrazo, ni una lágrima dramática.

Solo una verdad aceptada entre dos personas aún convalecientes.

A veces, Nunci lo llamaba sin pensar.

Otras, lo trataba con distancia, como si todavía evaluara si podía confiar de nuevo.

El amor no volvió de golpe.

Llegaba lentamente, como lo había perdido.

Miguel lo aceptó, porque esta vez sabía esperar.

Cuando por fin pudo salir de la casa, apoyándose en el brazo de Miguel, el pueblo la recibió como si hubiera vuelto de la muerte.

Los niños la saludaron tímidos, las vecinas la abrazaron con cuidado.

Don Teófilo la miró desde lejos, con ojos que decían lo siento sin abrir la boca.

Y en medio de ese saludo silencioso, Miguel supo que algo había cambiado para siempre.

No era el final del dolor.

No era el final del camino.

Apenas era el regreso al sendero.

Cuando el sol cayó esa tarde, Nunci volvió a la colina donde tantas veces esperó, sola, viendo el viento moverse entre los árboles.

Miguel llegó detrás, sin hacer ruido.

Ella respiró hondo.

—No quiero que me salves —dijo sin mirarlo—. Solo quédate.

Miguel sintió que esas palabras no eran un ruego. Eran un pacto.

—Me quedo —dijo—. Hasta que me eches.

Ella lo miró entonces, con los ojos aún cansados, pero más vivos que nunca.

—Eso no va a pasar —murmuró.

Y por primera vez desde antes de la fiebre, la sombra de una sonrisa apareció, débil, pero real.

La recuperación sería lenta, tibia como un amanecer después de una tormenta eterna…

Pero empezaba.

Y ellos estaban juntos para verlo.

8

No hubo un día exacto en que todo volvió a ser como antes, porque nunca regresó a ser como antes.

Fue mejor, más verdadero, más adulto, más consciente.

Pero el regreso del amor no fue con explosiones, sino con pequeños gestos que parecían insignificantes... excepto para ellos.

Al principio, Miguel se levantaba temprano para preparar té y avena. Nunca hacía ruido, no quería despertarla.

Hasta que una mañana encontró otra taza servida junto a la suya.

Nunci estaba sentada a la mesa, envuelta en una manta.

—Hoy me tocaba a mí —dijo, con voz tímida, pero firme.

Miguel se quedó quieto unos segundos, como si temiera que el gesto se evaporara.

—Está perfecto —respondió.

Fue la primera costumbre recuperada.

Una tarde, Nunci propuso salir al campo detrás del pueblo.

No para buscar respuestas, ni para despedirse de nadie, solo para caminar.

El sol doraba la hierba y los pájaros hacían un escándalo alegre en los cables del tendido eléctrico.

—¿Te acuerdas cuando veníamos aquí a escondernos del mundo? —preguntó ella.

—Sí —dijo él—. Pensaba que bastaba con estar a tu lado para que todo fuera más fácil.

—Y no lo fue.

—No —admitió Miguel—. Pero no me arrepiento de nada de lo bueno.

Nunci lo miró, evaluándolo, con la serenidad de quien ha perdido y recuperado demasiado como para mentirse.

—Yo tampoco.

Por primera vez desde que regresó, Miguel llevó su guitarra al taller abandonado donde alguna vez ensayó.

El lugar estaba cubierto de polvo. Había papeles viejos, cuerdas rotas y una luz gris entrando por una ventana rota.

—Pensé venderla —confesó él—. La guitarra.

—Yo también pensé en dejar de pintar —admitió ella.

El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue definitivo.

Él comenzó a tocar.

Ella se sentó en el suelo y lo escuchó.

Las canciones no estaban pulidas, algunas notas se quebraban, pero Nunci cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared.

Ahí sintió que ese era el perdón que necesitaba.

Una noche, después de cenar, ella se armó de valor.

—Miguel… —dijo, sin rodeos—. Yo te amé antes de que tú supieras qué hacer con ese amor. Y no te culpo por irte. Creciste como pudiste.

Él tragó saliva.

—Me fui porque pensé que debía construir algo que ofrecerte. Y cuando volví… ya no sabía si aún tenía ese derecho.

—Lo tienes —respondió ella—. y si un día no lo tienes, te lo diré yo.

Él soltó el aire que llevaba atrapado desde que regresó al pueblo.

—Nunci… —dijo, con una calma nueva—. Estoy aquí. Y ya no quiero irme a buscar nada lejos. Porque lo que quiero construir… está aquí.

Ella sonrió, pequeña, suave, como si le brotara del corazón todavía débil.

—Entonces quédate. Pero conmigo, no encima de mí.

Él supo exactamente lo que significaba:

No protectores, no mártires, no fantasmas.

Compañeros.

Día a día, siguieron sumando momentos.

Miguel la acompañó a pintar por primera vez en meses.

Nunci fue a escucharlo cantar en la plaza el domingo, aunque solo fuera una canción corta y sencilla.

Él arregló la bicicleta vieja que ella había abandonado.

Ella le enseñó los nuevos colores que había mezclado.

Ninguno hablaba del pasado con dolor ya. Solo como aprendizaje.

Una tarde, al volver del campo, sin ceremonia ni dramatismo, Nunci tomó su mano.

No fue un gesto tímido ni desesperado. Fue natural. Como si la piel nunca hubiera olvidado el camino.

Miguel entrelazó los dedos con los suyos.

No dijeron nada.

No hacía falta.

El pueblo ya no murmuraba por lástima, murmuraba con una sonrisa cómplice.

Y aunque todavía faltaban partes de la vieja fuerza de Nunci, el brillo volvió a sus ojos, poco a poco.

Una noche tranquila, bajo el cielo más lleno de estrellas que habían visto en meses, Miguel la abrazó sin pedir permiso, con suavidad, con respeto.

—Pensé que te había perdido —susurró.

—Me perdiste un rato —admitió Nunci—, pero yo sabía que ibas a regresar a tu hogar.

—¿Y cuál es?

Ella apoyó la cabeza sobre el hombro.

—Este, conmigo, hoy, no mañana, hoy basta.

Miguel cerró los ojos agradecidos por una segunda oportunidad que no mucha gente recibe.

No hicieron promesas eternas.

No juraron que nunca dolería otra vez.

Solo eligieron estar juntos, ese día y el siguiente.

Y en ese pequeño pacto —tan simple, tan humano— el amor volvió a ser suyo.

Se besaron.

9

La tranquilidad nunca dura demasiado en Santa Clara. Y llegó el día en que el pasado tocó la puerta. Literalmente.

Era un miércoles cualquiera.

Miguel estaba afinando su guitarra.

Nunci preparaba colores nuevos para un encargo pequeño.

La abuela gritó desde el patio:

—¡Nunci! ¡Tienes visita!

Ella limpió sus manos con un trapo y salió sin imaginar lo que encontraría.

Allí frente a la casa, con un jeep polvoriento y gafas oscuras, estaba Héctor.

El nombre casi le hizo perder el aliento.

La última vez que lo había visto ella era una sombra, y él era la luz cómoda que había intentado sanar lo que no entendía.

Héctor sonrió, incómodo y demasiado seguro a la vez.

—Hola.

Ella sintió el corazón detenérsele un segundo.

—Héctor… ¿qué haces aquí?

—Vi a tu abuela en el mercado. Me dijo que estabas enferma, que estabas… mal. No podía dejar de venir.

La abuela detrás fingió que la ropa tendida necesitaba supervisión urgente.

Miguel salió del cuarto justo cuando escuchó una voz desconocida.

Y al ver a Héctor, se le heló la columna.

No por celos primitivos, sino porque entendió en un instante lo que el pueblo nunca había mencionado abiertamente:

Cuando él estuvo lejos, alguien más estuvo cerca.

Miguel tragó saliva.

Héctor levantó la ceja.

—Hola. Debes de ser Miguel —dijo, midiendo cada gesto.

—Sí —respondió él, firme, pero no agresivo—. Soy Miguel.

Nunci sintió que su respiración se volvía demasiado pesada. Quiso desaparecer bajo tierra.

Los tres se sentaron bajo la sombra del naranjo.

La tensión era tan densa que hasta las hormigas parecían rodearla con cuidado.

Héctor empezó.

—Nunci… me asustó saber lo que pasaste. No podía quedarme sin verte.

Ella bajó la mirada.

—Gracias por venir, pero ya estoy mejor.

Miguel escuchaba sin interrumpir, pero cada palabra era un recuerdo que él nunca vivió.

Héctor continuó:

—Cuando tú estabas mal… yo no sabía qué hacer. Intenté ayudarte, pero estabas lejos incluso cuando estabas en frente.

Ella cerró los ojos un instante.

Miguel sintió punzadas de culpa.

Héctor sintió derecho al reproche.

Y Nunci se sintió dividida en dos mundos.

—Yo te quise —dijo Héctor, sin titubeos—. Mucho.

Miguel tensó la mandíbula, pero no intervino.

Ella asintió, con una calma sincera.

—Yo lo sé. Y te agradezco todo lo que hiciste por mí, pero no podía darte un lugar que no era tuyo.

—¿Por él? —preguntó Héctor con la suavidad de un golpe.

Nunci respiró hondo.

—Sí y no. Miguel se fue, yo estaba rota y tú fuiste la mano más firme que tuve. Pero el corazón no es obediente. Nunca llegó dónde tú estabas.

Héctor apartó la vista, como si el suelo hubiera confesado algo duro.

El silencio se estiró hasta convertirse casi en un cuarto participante.

Se levantó y dijo:

—Tenía que escucharlo de ti. No de rumores.

Ella también se levantó.

—Lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No tengo nada que perdonar. Solo quería ver que estabas de pie.

Miró a Miguel entonces.

—Cuídala, ¿vale? No la dejes caer otra vez.

Éste sostuvo la mirada sin vacilar y le contestó:

—No lo haré.

Y no lo dijo como promesa dramática, sino como algo que ya estaba haciendo.

Héctor sonrió, triste.

—Eso espero, porque ella vale la pena.

El jeep arrancó. Dejó una nube gris detrás. Y con ella, un capítulo que nunca se había cerrado del todo.

Nunci exhaló el aire que no sabía que retenía.

Miguel se acercó despacio.

—No voy a preguntarte nada que no quieras contar —dijo él.

—No fue una historia larga —respondió ella—. solo un intento honesto de seguir adelante.

Él asintió.

—Gracias por no fingir.

Ella lo miró a los ojos.

—No quiero secretos contigo. Ya tuve suficientes fantasmas para dos vidas.

Miguel tomó su mano —no como quién reclama territorio, sino como quien ofrece compañía.

—Estamos aquí. Eso es lo que importa.

Por primera vez en mucho tiempo, Nunci sintió que la línea entre pasado y futuro estaba clara.

Héctor se había ido.

Miguel se quedaba.

Y ella, finalmente, se quedaba consigo misma.

10

El aire en Santa Clara cambió después de la visita de Héctor. Como si alguien hubiera cerrado una puerta invisible y abierto una ventana más grande.

Nunci comenzó a respirar distinto y Miguel también.

No hablaban del pasado, ni evitaban pronunciarlo. Solo avanzaban.

Y una mañana, algo pequeño, pero enorme, los empujó a dar el siguiente paso.

Todo empezó con una pared vieja. Una que siempre estuvo allí, descuidada, descascarillada, frente a la plaza del pueblo.

La gente pasaba frente a ella sin mirarla. Era solo eso, un muro triste.

Hasta que Nunci se detuvo frente a él con un cuaderno bajo el brazo.

Miguel, a su lado, preguntó:

—¿Qué ves ahí?

Ella soltó una media sonrisa.

—Un espacio vacío que merece una historia.

Miguel asintió.

—Entonces llenémoslo.

Así nació la idea: un mural para Santa Clara.

No uno pequeño. Uno que contara a todos lo que habían callado.

Las primeras jornadas fueron solo ellos dos.

Nunci bocetó.

Miguel raspó la pintura vieja.

Y ambos terminaron cubiertos de polvo.

Pero pronto el rumor corrió. Y como si el pueblo necesitara algo que los sacara del letargo…

Doña Matilde llevó brochas.

Los niños trajeron latas de pintura casi vacías.

Los jóvenes que siempre se quejaban de aburrimiento se ofrecieron para lo que necesitaran.

Y Don Teófilo, sin decir palabra, llegó con una escalera alta y la apoyó en silencio.

El mural dejó de ser de dos.

Se volvió de todos.

Mientras Nunci pintaba líneas delgadas con precisión, Miguel descubrió que la música no solo servía para escenarios.

Llevó su guitarra y tocó mientras la gente pintaba. Notas suaves, sin buscar aplausos, solo ritmo y compañía.

—Nunca pensé que tocaras así —dijo un niño de siete años con admiración.

—Yo tampoco —respondió Miguel riendo.

Y supo que su música al fin tenía sentido sin necesidad de escapar del pueblo.

Nunci tardó en decidir qué pintar en el centro.

No quería un paisaje más, ni santos, ni tampoco símbolos vacíos.

Hasta que lo sintió.

En el centro, pintó dos figuras, no eran perfectas, sin rasgos definidos, solo siluetas caminando juntas.

Una tenía un pedazo roto en el pecho, del que brotaban flores nuevas.

La otra sostenía una luz que no ahogaba, solo iluminaba.

—¿Somos nosotros? —preguntó Miguel, intentando no sonreír demasiado.

Nunci respondió con una pincelada.

—Somos todos los que se caen y vuelven a levantarse.

Pero sí.

También eran ellos.

Pasaron semanas.

Manos pequeñas y grandes tocaron esos colores.

Hubo errores, retoques, risas, berrinches y canciones falsas.

Y un día, finalmente, la última línea fue trazada.

Todo el pueblo se reunió para verlo.

No era perfecto, había trazos distintos, tonos que chocaban, huellas dactilares en esquinas, firmas de niños escondidas.

Pero era hermoso y lo más importante: estaba vivo.

La abuela de ella, con ojos brillosos, murmuró:

—Ese muro estaba muerto, ahora canta.

Miguel tomó la mano de Nunci. No como símbolo. Solo porque lo sintió necesario.

Esa noche, sentados frente a la pared iluminada por faroles, Miguel le dijo:

—No sabía que volver aquí podía ser un avance.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—A veces huimos para encontrar lo que estaba en casa.

—Y otras —dijo él— volvemos para aprender a quedarnos.

Lo miró, tranquila, sin urgencia y sin miedo.

—Yo quiero quedarme, Miguel. No por obligación, por elección.

—Yo también —respondió él—. Y por primera vez… no siento que esté perdiendo nada al hacerlo.

El viento movió sus cabellos, como si la noche quisiera terminar la frase por ellos.

Porque no necesitaban besar para demostrarse nada. Ni prometer eternidades.

Solo quedarse allí, frente al mural que contaba su historia sin nombrarlos.

Un nuevo comienzo.

No porque olvidaron el dolor, sino porque lo transformaron juntos.

Y Santa Clara, por primera vez en mucho tiempo, pareció respirar con ellos.

11

El mural ya era parte del pueblo.

Y con él, algo dentro de Nunci y Miguel también pareció haberse fijado en su sitio.

Pero, aunque se miraban distinto, aunque sus silencios ya eran compañía y no distancia, faltaba algo.

Faltaba decir lo que ambos sabían.

Una noche de sábado, la plaza se llenó de luz.

Los vecinos colgaron farolitos de colores para celebrar la finalización del mural.

Había música improvisada, risas, pan dulce y una alegría sin explicación formal.

Miguel tocó tres canciones, todas suaves, como si dejara que la noche cantara con él

Nunci lo miraba desde lejos, no con devoción, sino con una paz que nunca había sentido antes: ya no esperaba que él la eligiera.

Ya estaban eligiéndose.

Cuando terminó, él se acercó.

—¿Quieres dar una vuelta? —preguntó.

—Sí —respondió ella, como quien respira.

No se alejaron mucho. Siguieron el camino de tierra hasta la colina, esa que había presenciado demasiadas despedidas y no suficientes regresos.

Esta vez iban tomados de la mano.

No para sostenerse.

Solo para estar cerca.

El pueblo quedó atrás, convertido en un mar de luces amarillas.

—Pensé que este lugar siempre me iba a doler —dijo ella.

—A mí todavía me duele un poco —respondió él.

—¿Y aun así viniste?

—Por ti —admitió Miguel—. Y por mí.

Ella sonrió.

Se sentaron en la hierba tibia.

Las estrellas parecían demasiado numerosas para un solo cielo.

Miguel inhaló profundo, como quien se arma de valor antes de saltar:

—Nunci… hay cosas que no dije cuando debía. Porque tenía miedo, no sabía si era suficiente, o si tú ibas a querer escucharme.

Ella lo miró, sin parpadear.

Él continuó:

—Cuando me fui, pensé que era el único camino. Pero ahora sé que fui cobarde.

Ella sintió un nudo suave, cálido, en el pecho.

—Miguel…

—No te prometo que nunca fallaré —dijo él, directo—. Que no voy a equivocarme, o que la vida no nos va a sacudir otra vez.

Se giró hacia ella, completamente.

—Pero sí puedo prometer que si caemos, caeremos juntos. Que si me pierdo, te buscaré. Y si tú te rompes, seré parte del hilo que te ate aquí.

Ella respiró como quién recibe agua después de un viaje largo.

—No quiero que me salves —dijo, repitiendo su verdad—. Quiero que estés.

Él sonrió, sin defensa alguna.

—Y quiero estar. Todos los días, hasta que la vida nos mande a otro lado.

Se hizo el silencio, pero un silencio bueno.

Nunci colocó su mano en el rostro de él, suave, con una ternura que ya no temía mostrar.

—Yo también me equivoqué —susurró ella—. te esperé con rabia. Te odié un poco. Y seguí queriéndote, aunque no quería.

—Te entiendo —respondió Miguel.

—Pero ya no quiero pelear contigo —dijo ella, acercándose—. Quiero hacerlo a tu lado.

Y entonces él la besó. No como quien reclama un territorio, ni como quien teme perderlo.

Fue un beso tranquilo, largo, que sabía a hogar encontrado, y a tiempo recuperado sin prisa.

La colina no era un lugar de despedidas ya. Era un altar sencillo de dos que habían sobrevivido.

Cuando se separaron, aún pegados por la respiración, Miguel habló bajito:

—Nunci… ¿Quieres intentarlo conmigo… de verdad? No ratitos, ni a medias. Tú y yo. Lo que venga.

No sacó un anillo. No lo necesitaba.

La pregunta era más grande que cualquier metal.

Ella no dudó.

—Sí —dijo—. No porque te necesite para estar bien… sino porque quiero estar mejor contigo.

Miguel sonrió como no había sonreído desde que tenía quince años.

Se abrazaron.

Ni el viento quiso interrumpirlos.

No hubo aplausos ni testigos.

Solo dos personas por fin listas.

Él tomó su mano para levantarse.

—Entonces somos nosotros otra vez —dijo.

—Somos nosotros por primera vez —corrigió ella.

Y bajaron la colina juntos, no jurando eternidades, pero construyéndolas paso a paso.

12

Después de la colina, nada volvió a ser igual. No porque el mundo cambiara, sino porque ellos cambiaron la forma de mirarlo.

Miguel y Nunci ya no se preguntaban si estaban juntos. Ahora empezaban a pensar en qué querían hacer juntos.

Y la respuesta apareció más rápido de lo que esperaban.

Una mañana, mientras revisaban el mural recién terminado, Doña Matilde llegó con una carta arrugada y respiración agitada.

—¡Nunci! ¡Miguel! Tienen que ver esto.

La carta venía del ayuntamiento de Santa Paloma, un pueblo vecino más grande, más transitado y en pleno auge cultural.

"Nos han recomendado el mural realizado en Santa

Clara. Nos encantaría invitarlos a colaborar en un proyecto artístico comunitario: Mural + música para la feria de la región".

Ellos se miraron como si alguien acabara de leerles el futuro.

—¿Esto es de verdad? —susurró él.

—Creo que sí —dijo ella, tocándose el pecho, sin creer.

Santa Paloma era tres veces más grande que Santa Clara. Más público, más ojos y más posibilidades.

Y también… más miedo.

—No tenemos que aceptarlo —dijo Miguel, intentando sonar neutro.

—Pero quieres —respondió Nunci, con media sonrisa.

—Quiero —admitió él—, pero no a costa tuya.

—Yo también quiero —confesó ella—. me da vértigo, pero del bueno.

Ese día, por primera vez, la duda y la emoción caminaron del mismo lado.

Una vez enviaron la respuesta —un sí simple, escrito con tinta temblorosa— el tiempo se volvió un remolino.

Nunci comenzó a diseñar ideas: patrones, paletas y símbolos.

Miguel compuso melodías cortas: algunas alegres, otras llenas de nostalgia, todas impregnadas de Santa Clara.

Y descubrieron que trabajar juntos era tan íntimo como besarse: a veces suave y fluido, otras veces chocaban, defendían ideas distintas, sacaban lo mejor y también un poco de lo peor.

Pero siempre terminaban encontrándose en el centro.

Días enteros con pintura en el pelo. Madrugadas con guitarras y cuadernos en la mesa.

La abuela bromeaba:

—Estos ya ni duermen, pero están más vivos que nunca.

Había risas, sí, pero también discusiones:

—Ese tono no va —decía él.

—No entiendes la composición —respondía ella.

—No te entiendo a ti, más bien.

—Pues aprende.

Minutos después, estaban tirados en el suelo, riéndose del cansancio.

Porque pelear era parte del proceso, y pedir perdón también.

El día de partir llegó más rápido de lo esperado.

Llenaron una camioneta vieja con cajas de pintura, brochas de todos los tamaños, la guitarra de Miguel y un termo enorme de café que la abuela juró que duraría "hasta allá y más".

Los vecinos los despidieron como si fueran héroes o, al menos, valientes.

Don Teófilo les dio una palmada fuerte y dijo:

—No hagan que me arrepienta de prestarles la camioneta.

Todos rieron.

Pero cuando Miguel y Nunci subieron, el pueblo entero pareció contener el aliento.

El paisaje cambió despacio, casas dispersas, tramos de carretera y luego la entrada a un pueblo más grande, más ruidoso y más vivo.

Santa Paloma los recibió con carteles, vendedores en la calle y un grupo de voluntarios esperándolos.

—¡Los artistas de Santa Clara! —gritó una mujer joven—. ¡Pensábamos que eran una leyenda!

Ellos se miraron, no sabían si reír o temblar.

Les mostraron la pared —tres veces más grande que la de Santa Clara— y un escenario improvisado donde Miguel tocaría durante el proceso.

La magnitud era intimidante, pero también irresistible.

—¿Listas las manos? —preguntó Miguel, extendiendo la suya.

—Listo el corazón —respondió Nunci, tomando la mano firme.

Y ahí, frente a un desafío que podía aplastarlos o impulsarlos, se dieron cuenta de algo:

Ya no estaban construyendo solos, ni huyendo de nada, tampoco remendando heridas.

Estaban creando.

Juntos.

Esa noche, antes de dormir en un cuarto pequeño que les ofrecieron, Miguel le dijo:

—No sé qué saldrá de todo esto.

Y Nunci respondió:

—Eso es lo mejor. No venimos a repetir nada. Venimos a empezar algo nuevo.

Él sonrió con ese brillo que solo ella conocía.

—Entonces hagamos que valga cada pincelada y cada nota.

Se quedaron en silencio, mirando por la ventana el desconocido pueblo que confiaba en ellos.

Y sin decirlo en voz alta, ambos pensaron lo mismo:

La vida, por fin, se siente como algo que están eligiendo.

Juntos.

13

La primera semana en Santa Paloma fue un sueño en movimiento. Miguel tocaba mientras Nunci dibujaba líneas que parecían moverse con la música.

La gente del pueblo se acercaba, curiosa y algunos niños incluso ayudaban a mezclar pintura.

Todo iba demasiado bien.

Hasta que dejó de irlo.

El primer golpe llegó desde arriba.

En la tarde del cuarto día, cuando el mural ya empezaba a cobrar forma, el viento cambió de soplo y el cielo oscureció de forma casi teatral.

—No estaba pronosticado —murmuró uno de los voluntarios.

En minutos, una lluvia furiosa cayó sin permiso.

No hubo lona que bastara, ni manos que pudieran proteger las paredes.

El agua se llevó colores enteros, dejando churretes largos como lágrimas.

Cuando paró, parecía que la pared lloraba.

Nunci la miró con el pecho oprimido.

—Es como si nunca hubiera existido —susurró.

Miguel pasó un brazo por sus hombros.

—Entonces lo pintamos otra vez.

Pero su sonrisa era un poco más triste que antes.

El segundo golpe llegó desde la propia pared.

Con la superficie mojada, la pintura comenzó a comportarse como si estuviera viva y amargada.

No adhería, chorreaba y se agrietaba apenas se secaba.

Nunci sintió algo parecido al pánico.

—No entiendo por qué está pasando esto. No es normal.

—Probemos otra mezcla —dijo Miguel, intentando que su voz no temblara.

Pasaron horas mezclando tonos, probando bases nuevas, descartando botes y arrastrando frustración.

A media tarde, ella estrelló un pincel contra el suelo.

—¿Y si no lo logramos?

Miguel la miró, y en lugar de decir algo bonito, dijo la verdad:

—Yo también estoy asustado.

La honestidad dolió, pero también alivió.

El tercer golpe… fue humano.

Al día siguiente, al llegar al muro, encontraron un mensaje pintado con aerosol negro:

“Dejen de arruinar nuestro pueblo”.

Nadie dijo nada al principio.

Nunci sintió un nudo en la garganta que no venía de la pintura.

—¿Quién haría esto?

Una voluntaria bajó la voz:

—Hay gente aquí que piensa que el arte es pérdida de tiempo… o que ustedes vienen a quedarse con oportunidades de los de Santa Paloma.

Miguel apretó los dientes.

—Nosotros solo queremos ayudar.

—Eso creen ustedes —respondió la mujer—. Pero hay quien lo ve distinto.

Ahora no solo tenían una pared en contra, sino miradas invisibles acechando.

El desgaste empezó a pasar factura.

Nunci trabajaba más horas, pintando y borrando, obsesionada con recuperar lo perdido.

Miguel componía canciones, y tocaba sin parar, como si pudiera ahogar su ansiedad a golpes de acordes.

Una noche, la tensión explotó.

—No puedes tocar hasta tarde si mañana tenemos que madrugar —dijo ella, exasperada.

—Y tú no puedes culparme de buscar aire —respondió él, igual de cansado.

—¿Aire? ¿De qué? ¿De mí? —preguntó Nunci, sin querer sonar herida y sonando justo así.

Él cerró los ojos.

—De la presión. De la pared. De sentir que si fallamos, lo perdemos todo.

Silencio.

Ninguno había dicho en voz alta que tenían miedo de fallarse mutuamente.

Esa noche, Nunci lloró en silencio mirando el mural incompleto.

Miguel, desde la cama del otro lado del cuarto, dijo:

—Vamos a lograrlo. Pero no podemos dejar que nos rompa por dentro.

Ella respiró hondo.

—Prometamos algo —dijo— que si la pared vuelve a caerse, nosotros no.

Él cruzó la habitación y le tomó las manos manchadas de pintura.

—Prometido.

Al día siguiente, volvieron al muro antes del amanecer.

No por obligación, sino porque sentían que si no se levantaban justo ese día, la pared ganaría.

Miguel afinó su guitarra y empezó a tocar algo nuevo. Un tema suave que parecía decir “todavía estamos aquí”.

Nunci alzó el pincel. Las líneas volvieron a nacer, más firmes, más decididas.

Y aunque el mural estaba a medio destruir y la desconfianza del pueblo aún respiraba cerca, había una diferencia vital:

Ellos ya no estaban peleando contra el muro.

Estaban luchando con él.

Y juntos.

14

El mural volvía a tomar forma, aunque lentamente. Los días empezaban a sentirse menos pesados, y el agresivo rechazo parecía haberse disipado.

Hasta que él llegó.

Un mediodía, mientras Miguel afinaba su guitarra y Nunci trazaba un ave enorme que planeaba sobre las casas, un coche negro estacionó justo frente al muro.

De él bajó un hombre alto, delgado, vestido con ropa impecable y gafas de sol.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó Miguel con cautela.

El hombre se retiró las gafas con un gesto lento, exagerado.

—No. Solo vine a ver qué están haciendo con mi pared.

Nunci sintió el estómago retorcerse.

—¿Perdón? Esta pared fue cedida por el ayuntamiento.

El hombre sonrió como quien ya tiene la partida ganada.

—Exactamente. Y yo fui contratado por el ayuntamiento hace una semana para otro proyecto artístico aquí.

Silencio absoluto.

—Soy Luca Moretti, muralista profesional —dijo él como si esperara aplausos—. Y este muro siempre estuvo en mi lista.

Luca observó el mural a medio hacer, la pintura corrida, las correcciones encima de correcciones.

Chasqueó la lengua.

—Interesante. Muy… espontáneo.

Nunci sintió el golpe sin que él necesitara subir la voz.

—Yo diría que "amateur, pero con corazón" —añadió el recién llegado, escudriñando los trazos.

Miguel dio un paso adelante.

—Esto se hace en comunidad, con voluntarios, con músico, con niños del pueblo. No somos solo dos.

Luca levantó una ceja.

—Precisamente. Yo trabajo solo. Por algo.

En los días siguientes, Santa Paloma empezó a hablar.

—Dicen que ese Moretti tiene premios —susurraron unos comerciantes.

—Su arte ha estado en galerías —añadieron otros.

Y luego lo inevitable:

—Entonces, ¿por qué no dejan que él pinte?

Esa frase cayó sobre ella como un cubo de agua helada.

Miguel, al escucharla, apretó el puño, pero no dijo nada.

Y Luca, como si disfrutara del desconcierto que provocaba, comenzó a bocetar en una pared cercana: figuras perfectas, líneas

limpias, colores que parecían gritar profesionalismo.

Nunci pintó más rápido, con trazos más tensos, sin descansar.

Miguel notó cómo su respiración se volvía corta.

—No puedes competir con él —dijo una noche.

Ella se giró, enfadada.

—¿Por qué no? ¿Crees que no soy suficiente?

—No dije eso.

—Lo pensaste —disparó ella, sin querer haberlo dicho en voz alta.

Él la miró con dolor.

—No quiero perderte en una carrera que nadie pidió.

Esa noche durmieron espalda con espalda, cerca y lejos al mismo tiempo.

Tres días después, los periódicos locales dieron la estocada:

"Santa Paloma apuesta por talento nacional – Luca Moretti liderará el mural principal de la feria".

El mural principal. El de ellos quedaba relegado a "participación comunitaria".

Nunci sintió el piso ceder.

—Nos quitaron el lugar —susurró, sin lágrimas, pero rota.

Miguel sonrió de medio lado.

—Eso sí, podemos hacerlo mejor que cualquiera.

Al día siguiente, Miguel tocó una melodía nueva —una mezcla de folclor, pop y viento local— mientras los niños volvían a mezclar pintura alrededor.

Y frente a todos, sin esconderse, ella trazó líneas que Luca jamás podría copiar: irregulares, vivas y cargadas de manos distintas.

No era arte de solo una persona. Era arte que respiraba comunidad.

La gente empezó a notarlo.

—El otro es perfecto —dijo un anciano—. Pero éste tiene alma.

Cuando Moretti volvió a pasar frente al muro, esperaba encontrar derrumbe.

En cambio, vio colores que parecían canto.

Miguel lo saludó con un acorde alegre.

Nunci con una sonrisa tranquila.

El rival arqueó una ceja y por primera vez no dijo nada.

Porque incluso él sabía reconocerlo, había talento, del tipo que no se compra. Pero no había terminado…

15

Los días siguientes siguieron llenos de color, música y trabajo, pero bajo esa superficie había algo más.

Un peso silencioso.

Nunci lo sentía en los dedos cuando sostenía el pincel.

Miguel, en la garganta cada vez que tocaba una nota que temblaba.

Y el nombre de Luca Moretti todavía rondaba en sombras.

Una mañana de sol tibio, ella intentaba pintar las alas del ave central del mural.

Pero la brocha parecía más pesada de lo normal, y cada pincelada salía torcida, como si su mano ya no estuviera conectada al corazón.

Miguel la observó desde el escenario improvisado. Dejó de tocar.

—Estás forzando el trazo —dijo suavemente.

Ella apretó los labios.

—Solo estoy cansada.

—No —corrigió él—. Estás dudando.

Nunci se quedó quieta.

Y el mundo pareció detenerse con ella.

—¿Y si Luca tenía razón? —soltó de golpe. ¿Y si lo que hago es amateur y nada más? ¿Y si solo nos aceptaron aquí por falta de presupuesto?

Miguel bajó del escenario sin prisa.

—¿De verdad crees eso? Porque yo no.

—A veces sí —dijo ella, con voz apenas audible—. Desde que lo vi dibujar su pared perfecta… me sentí pequeña.

Él se acercó más.

—Nunci…

Pero ella siguió.

—Y cuando tú tocas tan bonito, con gente aplaudiendo, con niñas mirándote como si fueras un milagro…

Sus ojos se llenaron de lágrimas que se negaban a caer.

—A veces siento que te mereces a alguien más grande que yo.

Miguel se quedó mudo un segundo. Como si la frase lo hubiera golpeado físicamente.

—Nunci —dijo, tragando aire—. Si vamos a hablar de inseguridades, entonces escúchame.

Ella levantó la mirada despacio.

—Yo… —él respiró hondo— me siento un fraude.

La sorpresa silenció el espacio.

—Toco la guitarra desde niño, pero nunca estudié música. No sé leer partituras, no sé componer como "los grandes". Cuando la gente me aplaude, pienso: si supieran cuánto improviso, dejarían de hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Y cuando te veo pintar, con esa cabeza llena de ideas, con cada línea que parece tener un propósito, también pienso que mereces a alguien más talentoso que yo.

Ahora fue ella quien contuvo el aliento.

Los dos se miraron, sosteniendo el mismo miedo reflejado.

—Siempre pensé que tú estabas brillando y yo solo… acompañando —susurró ella.

—Y yo pensaba que tú brillabas y yo te hacía sombra —respondió él.

El silencio fue largo, pero no incómodo.

Un silencio que servía como puente.

Miguel dio un paso adelante.

Nunci otro.

Y de pronto estaban abrazados en medio del andamio, con pintura fresca en las manos y polvo de color pegándose a su ropa.

—No vuelvas a decir que no eres suficiente —murmuró él contra su cabello.

—Solo si tú prometes lo mismo —contestó ella, respirando himnos sin música.

Se quedaron así un largo rato, sintiéndose, sosteniéndose, dejando que las inseguridades se derritieran entre colores.

Se besaron con tanto amor que se podían pintar corazones.

Cuando se separaron, ella tenía pintura azul en el hombro, y Miguel una mancha naranja en la mejilla.

Nunci sonrió con un nudo dulce en la garganta.

—Parece que nos marcamos.

—Para no olvidarlo —dijo él—. Ni quienes somos, ni lo que valemos, ni que estamos juntos en esto.

Luego —sin dramatismos, sin miedos ni discursos— se volvieron a besar.

Un beso quieto, pero profundo. No era fuego ni urgencia, sino calor de hogar recién descubierto.

Al alejarse, Nunci levantó el pincel con nueva fuerza.

—Voy a pintar ese ave sin pensar en él —dijo—. Solo en nosotros.

Miguel tomó la guitarra.

—Y yo voy a tocar sin tratar de impresionar a nadie.

Y la pared, como si escuchara, pareció recibir los nuevos trazos con suavidad.

Porque algo había cambiado, no en el muro, sino en ellos.

16

La feria de Santa Paloma despertó con olor a pan recién hecho, risas madrugadoras y un murmullo general:

"Hoy se presenta el mural de los chicos".

Después de semanas de lluvia, dudas, rivales y corazones puestos a prueba, Miguel y Nunci estaban frente a la pared que ya no era una tarea, sino parte de ellos.

Había solo un rincón pequeño sin color: la punta del ala del gran ave que dominaba el mural.

Nunci tenía el pincel listo, pero esta vez su mano no temblaba.

Miguel la miró desde abajo, guitarra al hombro, y una sonrisa que calmaba.

—Hazlo tú —dijo—. Es tu criatura.

—Es nuestra —corrigió ella, bajando la voz, y subió el andamio.

El último trazo fue sencillo, limpio. Una línea curva, azul profundo, como si dejara una firma invisible.

Al bajar, Nunci respiró como después de despertar de un sueño largo.

—Ya está —susurró.

Miguel se inclinó y la besó con pintura todavía fresca en el borde de sus dedos.

Cuando la feria comenzó, Miguel tocó como jamás había tocado: no era perfecto, ni estudiado, sino libre. La gente se acercó al mural.

Niños buscando las mariposas que habían ayudado a pintar, abuelas señalando flores que reconocían de su infancia, adultos que pensaban que "eso del arte" no servía para nada y ahora tenían un nudo en la garganta.

Una mujer dijo:

—Ese ave… somos todos.

Nunci escuchó, tragando emoción.

Era exactamente lo que había querido contar sin palabras.

Luca Moretti apareció entre la multitud, impecable como siempre.

La pintora se tensó, pero él no venía con burla, ni crítica y tampoco de superioridad.

—Es hermoso —dijo, mirando la pared con una mezcla de sorpresa e, incluso, respeto.

—Gracias —respondió Nunci, lisa y sincera.

—No está perfecto —añadió Luca, con sonrisa leve— pero no debería estarlo. Tiene vida y vida es lo que yo olvido a veces.

Miguel levantó las cejas.

—Eso, es un cumplido, ¿verdad?

Luca soltó una carcajada.

—El más grande que doy.

Y se marchó sin dramatismos, dejando en el aire la sensación de que cada historia tiene su camino, y esa pared nunca debió ser la suya.

Cuando llegó el momento de anunciar al mural oficial de la feria, el nombre que se vio no fue el suyo. Pero nadie pareció notarlo, porque la gente rodeó su pared.

Sacaron fotos, preguntaban por los colores, aplaudían cuando Miguel tocaba las últimas notas.

Y alguien gritó desde el fondo:

—¡Este es el que vamos a recordar!

Miguel y Nunci se miraron, sin premio, sin medalla, pero con algo mucho más grande: un propósito compartido.

Al final del día, ya sin público, sin música, sin tensión en la espalda, se sentaron juntos frente al mural y vieron cómo el sol bajaba hasta teñir el ave naranja.

—¿Sabes qué me gusta de nosotros? —preguntó Miguel.

—¿Qué? —susurró ella, recostando su cabeza en su hombro.

—Que no tenemos que ganar para sentirnos ganadores.

Nunci sonrió sin abrir los ojos.

—Ganamos lo que vinimos a buscar: un sueño hecho juntos.

Él la abrazó, despacio, como si temiera romper el momento.

—Y si mañana nos llaman de otro pueblo… ¿qué dices? —preguntó con un dejo de esperanza.

—Digo que se metan en la maleta las pinturas —respondió ella.

—Y yo afino la guitarra —remató él.

Cuando finalmente se levantaron, se giraron a mirar la pared una última vez.

Aves, flores, niños escondidos en los trazos, bandas de color, y un cielo pintado que parecía no terminar nunca.

Miguel tomó la mano de Nunci.

—Lo logramos.

—Y sobrevivimos —dijo ella con risa.

—Y nos elegimos —añadió él.

—Cada día —prometió ella.

Se dieron un beso tranquilo, largo, lleno de color, y caminaron tomados de la mano, mientras la pintura terminaba de secarse y la noche traía nuevas historias.

Porque el mural se quedaba en Santa Paloma, pero ellos apenas empezaban a viajar.

FIN

Epílogo 1

Meses después.

Santa Clara amaneció con un aire distinto. No había anuncios oficiales, ni carteles, ni procesiones largas. Pero todos lo sabían.

Hoy Nunci y Miguel se casaban.

Sin vestidos hechos a medida, sin lista de invitados complicada, sin complicaciones.

Solo ellos, el pueblo y un pedacito de cielo.

La abuela de ella madrugó para hacer pan dulce.

Doña Matilde trajo flores del jardín que normalmente guardaba solo para funerales, pero dijo con una sonrisa:

—Hoy también celebramos vida.

Los niños decoraron la plaza con listones hechos a mano. Alguien colgó una sábana blanca con el mensaje torcido:

"Vivan los novios".

Miguel apareció con camisa blanca arremangada y guitarra colgada como si fuera parte del traje.

Nunci llevaba un vestido sencillo color crema, con pintura azul seca que no quiso lavar del todo.

—Son mis marcas de guerra —dijo riendo.

No hubo cura ni funcionario en la tarima.

Don Teófilo, el más terco, pero el más querido del pueblo, levantó la mano:

—Yo sé decir palabras bonitas. Y si se necesitan papeles, mañana lo resolvemos.

La gente rio, pero todos estuvieron de acuerdo.

Nunci y Miguel se tomaron las manos frente a él, mientras las gallinas cruzaban de un lado a otro ignorando el momento solemne.

—Prometen cuidarse, acompañarse, y no dormirse enfadados —dijo Don Teófilo— aunque alguno ronque o pinte hasta el amanecer.

—Prometemos —respondieron los dos al mismo tiempo.

—Pues ya está —sentenció él—. ¡En Santa Clara están casados!

Aplausos, gritos, pañuelos al aire.

Y Miguel, sin esperar indicaciones, la besó.

Bajo un arco de flores mal colgadas, los recién casados bailaron pegados, sin saber bien los pasos.

No había vestido que arrastrar ni coreografía ensayada.

Solo ellos.

Miguel cantó bajito en su oído:

“Si el mundo se cae, te sostengo yo, si falta color, lo pintamos los dos”.

Nunci lo miró como la primera vez que lo vio tocar en aquel taller con un mural a medio empezar.

Y se enamoró otra vez.

El banquete fue sencillo, empanadas hechas por Lola, zumo de frutas que los niños exprimieron con manos pegajosas y un pastel torcido que parecía una obra de arte abstracta.

Nadie se quejó.

Hasta Luca Moretti envió una caja de bombones con una nota:

“Para cuando necesiten endulzar los días difíciles.

Firmado: el rival que ya no lo es”.

El pueblo entero se rio.

Cuando el sol empezó a caer, Miguel y Nunci se alejaron un poco de la plaza, caminando despacio hacia el mural viejo de Santa Clara, el primero que hicieron juntos.

La pintura estaba apagada por el tiempo, pero seguía ahí.

—Todo empezó con esto —dijo ella.

—Y seguirá donde queramos —contestó Miguel.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Crees que viajaremos otra vez?

—Cuando llegue el próximo muro —sonrió él—. El mundo está lleno de paredes que necesitan color.

Nunci entrelazó sus dedos con los suyos.

—Y yo contigo, donde sea.

Se besaron bajo el atardecer, el pueblo detrás riendo y bailando, y el cielo pintándose del mismo azul que manchaba el hombro de ella.

No necesitaban catedrales ni vestidos caros. Solo un amor que ya pintaba el futuro.

Epílogo 2

Santa Clara había cambiado.

Y no solo por los murales que ahora adornaban casi cada pared libre del pueblo, sino por las risas nuevas que llenaban las calles al amanecer.

En la casa azul al final del callejón, la vida despertaba con un caos dulce.

—¡Mamáá á, Adri me quitó mi pincel!

—¡No es cierto! ¿Lo encontré primero!

Miguel apareció en la puerta con el cabello despeinado.

—Solo un día sin pintura en el desayuno, por favor —suplicó con humor.

Nunci le lanzó una sonrisa cansada, pero enamorada.

En el suelo, dos pequeños creadores estaban en plena batalla:

Adriana, con siete años, ojos brillantes y un espíritu tan salvaje como el viento. Le encantaba cubrir todo —paredes, perros, personas— de colores explosivos.

Daniel, de cinco, silencioso, pero intenso, el tipo de niño que observaba primero, preguntaba después y luego hacía algo que dejaba a todos con la boca abierta.

—No puedes pintar sobre mi nube —decía él, muy serio.

—¡La nube es de todos! —respondía Adri, siempre convencida de tener razón.

Nunci intentó separar pinceles, manos y egos miniatura.

—Hay espacio para ambos —dijo—. Compartan el cielo, ¿vale?

Adriana frunció el ceño, pensándolo.

Daniel cruzó los brazos.

Finalmente, ambos dejaron escapar un bufido sincronizado.

—Bueno.

Miguel afinó la guitarra en el patio.

Adriana dejó lo que hacía y corrió hacia él.

—Papá, toca la canción de cuando conociste a mamá.

—¿Y cuál es esa? —preguntó él, fingiendo no saber.

—La que suena como si estuvieras nervioso —intervino Daniel, encogiéndose de hombros.

Miguel rio.

Y tocó.

Los acordes eras más suaves ahora, más redondos, como si hubieran sido pulidos por los años.

Nunci, desde la puerta, sintió un tirón dulce en el pecho.

A veces olvidaba que habían empezado como dos soñadores con un muro y una guitarra.

Ahora eran cuatro.

Ese verano, decidieron pintar algo nuevo en la pared más vacía del pueblo.

—Esta vez, todos juntos —dictaminó Nunci.

Adriana eligió una paleta de colores imposible, llena de explosiones rosadas.

Daniel dibujó un árbol con raíces que parecían manos.

Miguel pintó notas sueltas que volaban con el viento.

Y Nunci, sin anunciarlo, trazó en el centro un ave grande, con dos alas extendidas y dos más pequeñas pegadas al cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó Adriana.

—Somos nosotros —respondió ella. En vuelo.

Los niños se quedaron callados un segundo. Y luego, como una tormenta luminosa, rieron, corrieron y llenaron el mural de estrellas, frutas imaginarias, peces flotantes y huellas de manos diminutas.

Ese muro fue el más imperfecto de todos.

Y el más querido.

Un día, mientras limpiaban brochas, Daniel preguntó:

—Mamá… ¿por qué pintas tanto?

Ella lo miró con calma.

—Porque cuando pinto, entiendo lo que siento.

—¿Y tú papá? —siguió Adriana, colgándose del cuello de Miguel.

—Porque cuando toco, me acuerdo de quién soy —dijo él.

Los niños no respondieron. Pero sus ojos guardaron esa frase para cuando fueran mayores.

Al caer la noche, cuando los niños al fin estaban dormidos, Miguel y Nunci salieron al patio.

Desde allí podían ver el mural familiar nuevo, el viejo del ave de Santa Paloma en un cuadro colgado en la sala y el primero, medio borrado, que aún sobrevivía en Santa Clara.

Tres vidas distintas.

Un mismo hilo.

Él tomó su mano.

—¿Recuerdas cuando dudábamos si éramos suficientes?

—A veces aún lo dudo —confesó Nunci, sonriendo—. Pero miro a esos dos terremotos y se me pasa.

—Yo miro los colores y sé que hicimos algo bien —dijo él.

Se quedaron mirando la noche, las estrellas, los techos y los murales que contaban su historia sin decir una palabra.

—Miguel… —susurró Nunci— ¿crees que aún nos quede algún muro por pintar?

Él besó su sien.

—Los que faltan son los mejores.

Ella rio bajito.

—Entonces mañana empezamos.

—Mañana —confirmó él.

Y juntos, sin prisa, volvieron a la casa donde dormían dos pequeñas almas llenas de color y música, listas para heredar el mundo a su manera.

Porque el amor de Miguel y Nunci no era un mural estático.

Era una familia.

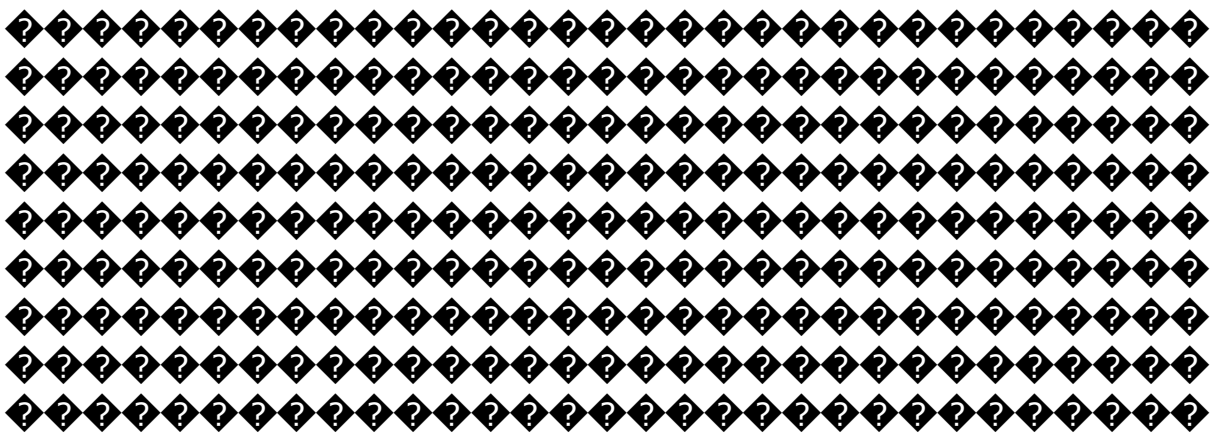
AGRADECIMIENTOS

Primero quiero agradecer a todos/as mis lectores, esto sigue gracias a vosotros/as. Gracias por estar siempre ahí apoyándome. Os debo el seguir escribiendo y siempre seréis lo más importante para mí. A mis hermanas, Mary y Rosana que junto a Queti son mis lectoras cero y me ayudan a dar una vuelta a muchas de las situaciones, os quiero. A Laura Duque Jaenes que siempre que la necesito la tengo, gracias por todo lo que me ayudas y por ser mi "ojeadora" oficial, te quiero. A todos mis contactos de Facebook, Instagram y Telegram que, gracias a ellos, mis posts recorren muchos kilómetros y entran en muchas casas. A los grupos de Telegram por su gran apoyo. A Javi por quitarle tiempo a sus charlas y por todo lo que hace: maquetar, portada, y por la guerra que le doy, te quiero con toda mi alma. También quiero agradecer a mis chicas del canva, como nos llamamos en el grupo de telegram, a María @booksblaks,a Águeda @elrefugiodeagueda y a Ele @eledarkmidnight, seguirlas en instagram porque son maravillosas y hacen milagros allí, muchas gracias chicas os quiero. Gracias por estar ahí y que este sueño siga cumpliéndose y estéis todos/as siempre. Siempre en mi corazón . Os quiero

ACERCA DE LA AUTORA

Luisa J.C

Luisa Jiménez Carnero (Madrid,1971) A pesar de leer diversas obras de autores y temáticas diferentes, siempre se inclinó por el género de la novela romántica, por lo que decidió dar un gran salto y empezar a escribir. En diciembre saca su primera novela “Jimena” (2018), “Sole, Soledad” (2019) es su segundo trabajo y “Entre nosotras” (2020) la tercera novela, en noviembre del mismo año saca un relato que se titula "Mis navidades ¿soñadas?" (2020) y en febrero vuelve a sacar un relato en homenaje a sus padres que se titula "50 años de… Amor" (2021). "¡Otra vez no!" es el cuarto libro de la serie de "Las Maris" (2021), en verano un relato sale a la luz "Mi mejor verano" (2021) y nos vamos al (2022) con el cierre de la serie "Una segunda oportunidad. ¿Por qué no?. "Mi mayor regalo" se deja caer en la Navidad del (2022). Presenta al PLAS del (2023) "Lady Beatrice" su primera novela de la época victoriana."Amor de Navidad" (2024). "Rosario y Gastón" (2025), "Jorge" (2025), "Una Navidad diferente" (2025) También ha participado en una antología de relatos “Canfranc. Relatos de ida y vuelta” (2019), en la cual han participado otros once escritores y todos los beneficios van para la Asociación AlMa de Getafe que se encarga de los niños con múltiple discapacidad severa y en otra antología 100 miradas, para la fundación Siempre fuertes, contra el cáncer (2025)



Si quieres contactar con ella estas son sus redes:

Facebook: Luisa Jiménez Carnero

Instagram: @luisajimenezcarnero

Telegram: Luisa Jiménez Carnero

E-mail: luisajimenezcar@gmail.com

Otros libros de la autora

Serie completa “Las Maris”

Jimena (2018)

Con motivo de la boda de una de sus mejores amigas, Carla, Jimena conoce a un joven apuesto empresario. Debido a un desafortunado accidente, Jimena no puede prestarle la atención que él se merece y ella querría darle, ya que se debe a la obligación de cuidar de su amiga, Iratxe, que ha sido la peor parada del mismo.

¿Conseguirá Jimena conocer al hombre que con tan solo una mirada le ha impactado tanto?

Sole, Soledad (2019)

El día de la boda de Jimena, una de sus mejores amigas, Sole, conoce a Javi y, desde entonces, mantienen una relación muy práctica, ¿para ambos? Eso supone Javi hasta que Sole cree que ha llegado el momento de poner punto y final a esa “relación”.

¿Estará Javi de acuerdo con todo lo que Sole ha decidido de un día para otro?

¿Se arrepentirá Sole de la decisión que ha tomado?

Entre nosotras (2020)

La primera impresión que tiene Iratxe de su nueva compañera de trabajo es buena, aunque según van pasando los días la encuentra un poco osada y habladora.

Pero un viaje de trabajo junto a ella le hace ver que no deja de pensar en ella en ciertos momentos íntimos en su cama.

Tras un accidente se desata el caos en su ordenada vida, ya que su madre descubre que hay algo más entre Valeria y ella y no lo permitirá jamás.

¿Qué decisión tomará Iratxe respecto a Valeria?

¡Otra vez no! (2021)

Sofía conoce a Gorka en unos cursos que su empresa realiza. Ella se deslumbra con él desde el minuto uno, pero pronto se dará cuenta que la forma de ser de él, aun siendo una persona encantadora, no es bueno para ella.

¡Otra vez no! Nos trae la historia de Sofía que antes de conocer el amor verdadero pasa por situaciones que le hacen daño pero que gracias a las Maris (sus amigas) y a Jorge le resultan más llevaderas. Ellos son los que saben sacarle una sonrisa.

Hasta que, un viaje al pueblo de su padre, al cual diez años que no iba le devolverá las ganas de amar. Disfruta del cuarto libro de la serie las Maris y no te olvides de sonreír.

Una segunda oportunidad. ¿Por qué no? (2022)

Después de unos años recuperándose de la muerte de Leo, su marido, Carla decide que ha llegado el momento de avanzar e intentar conocer a alguien para formar una familia.

Sabe que no va a ser fácil, lo que ella no imagina es que lo tiene más cerca de lo que cree.

La ilusión y las mariposas volverán, pero, ¿así de sencillo?

Aquí tenemos el quinto y último libro de la Serie Las Maris, espero que hayáis disfrutado de ellas tanto como lo he hecho yo y por supuesto deseo que disfrutéis de Una segunda oportunidad. ¿Por qué no?

Y, no dejéis de sonreír.

Mis navidades ¿soñadas? (2020)

Desde que conoció al que ahora es su ex, habían pasado quince años y había decidido que no aguantaba ni un día más con él.

Al salir del juzgado una vez divorciada, recibe una llamada que cambiará su vida y la de sus hermanas.

Un viaje que realizarán para tener unas navidades ¿soñadas?

¿Quieres descubrir junto a Berta que le deparará el futuro?

50 años de... Amor (2021)

Eugenia dejó su casa con catorce años para ir a servir después de seis años en León, animada por sus amigas deja todo y se va a Madrid.

Roberto deja atrás a su familia, amigos y abandona su pueblo para viajar a Madrid y poder tener una mejor oportunidad laboral.

Años después en una sala de baile muy conocida en Madrid, Eugenia y Roberto coinciden, sus miradas se encuentran y ninguna puede imaginar lo que les depara la vida.

¿Quieres acompañarlos?

Su mejor verano (2021)

Después de cinco años casados, Asier, delante de toda la cuadrilla, pega un bofetón a Alazne, la cual se queda bloqueada porque nunca había pasado ni hubiera creído que le podía pasar a ella.

Empieza a enderezar su vida una vez sale de esa casa y marchándose junto a sus hijos donde su madre.

Conoce a Martín cuando va a una entrevista de trabajo, pero no es el momento de tener una relación.

Años después Alazne disfrutará de un mes de vacaciones junto a sus hijos y ahí dejará que sus sentimientos salgan a la luz y decida dejarse llevar.

¿Será el momento?

Regreso por Navidad (2021)

Charlotte abandonó Sasthorville, su pueblo deprisa y corriendo tras la muerte de sus padres en un accidente de tráfico. Su destino fue Nueva York, allí encontró un trabajo, amigas y se compró su casa. Estaba feliz, o eso creía ella.

Una llamada de su vecina y amiga de la infancia, le hace regresar después de cinco años al funeral de la madre de sus queridas amigas.

Después de vivir unos días y de reencontrarse con Harry, le hará pensar en volver de nuevo allí.

La paz que sintió ayudo mucho a dar el paso y a decirles a sus amigas que:

«Regreso por Navidad».

Mi mayor regalo (2022)

Fabiana sale de Perú para estudiar un máster en España, donde reside su madre, está muy nerviosa por el viaje, pero lo que no se imagina es que el compañero de asiento le hará disfrutar del vuelo y de qué manera.

Un incidente en la Plaza Mayor de Madrid le hará pasar por una experiencia terrible y a la vez le traerá su mayor regalo.

Lady Beatrice (2023)

El duque de Argoll fallece repentinamente, cuatro años después es hora de que su hijo Lord Grayson se haga cargo de todo y por supuesto de buscar esposa para tener un heredero.

Lady Beatrice junto a su gemela lady Amelie disfrutan preparándose para su primera temporada, están deseando entrar en los salones y no parar de bailar durante toda la noche.

Lady Yohana, la duquesa, sale de su residencia después de guardar el luto dispuesta a conseguir que su hijo elija esposa y como no, ella ya ha elegido.

Lady Lilith, vizcondesa y madre de lady Beatrice, también lo ha hecho.

Ahora les toca a ellos decidir si es lo que quieren.

¿Lo conseguirán?

Amor de Navidad (2024)

Tras pedir la cuenta en su trabajo, Renata decide ir a pasar las navidades a la casa donde sus abuelos vivían y que le dejaron en la herencia. Allí, en una aldea de diecisiete vecinos en pleno invierno no podría imaginarse nunca lo que el destino la iba a traer a la puerta de su casa.

Acompaña a Renata en las solitarias navidades que se dispone a pasar.

Rosario y Gastón (2025)

Rosario entra a turno completo en la oficina con la mala suerte que le toca un compañero que es un engreído, no puede con él, como le pasa a Gastón con ella, se retan a todas horas con la mirada, hasta que un aviso del jefe les hace trabajar codo con codo y aunque sigue existiendo la rivalidad entre ellos, están empezando a sentir otras cosas. Una campaña de San Valentín que les cambiará la forma de mirarse.

Una novelette enemies to lovers que te hará disfrutar de los personajes.

¿Los acompañas?

Jorge (2025)

Habiendo tenido una infancia bastante difícil en casa por parte de su padre y sufrir su propia frustración al no poder hacerle frente por su madre, decide abandonar su casa siendo aún muy joven. Esa libertad le lleva a traspasar muchas líneas, aunque nunca la de las drogas.

Todo lo que consigue lo hace a través de trabajar duro y gracias a que supo decir hasta aquí.

Conoce la historia de Jorge, la realidad supera la ficción.

Una Navidad diferente (2025)

Elena viaja a St. Maren para estudiar el pueblo y poder hacer un informe.

Gabriel vive y disfruta con las tradiciones, quiere que cualquier forastero/a lo haga igual.

No se hablará de negocios mientras, no participe en las actividades que el pueblo prepara cada año con mucha ilusión.

Un mail equivocado le abre los ojos a Elena, que había ido engañada.

Si no hace el informe y firma, pierde la oportunidad que tanto tiempo lleva esperando.

¿Qué decidirá, Elena?

¿Qué pensará Gabriel cuando lo descubra?

Te animo a que entres en St. Maren y te unas a sus habitantes a tener "Una Navidad diferente".